

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

Cerré el libro de golpe, no había causado más que desgracias. Me encargué de esconderlo en un lugar seguro, un lugar donde jamás lo encontrarían. Volví sobre mis pasos y cerré la puerta con llave, dejando atrás lo pasado. Pero fue entonces cuando me puse a recordar, cayendo en la cuenta de que todo empezó mucho antes.

23 de Noviembre, 1903. Tarde lluviosa y fría. Tras despedir a mi mentor, la única persona que podría considerar mi familia y escuchar sus recomendaciones y consejos, dirigí mis pasos hasta colocarme frente a la casona. Villa Dorada, informaba un voluminoso letrero situado a la derecha del gran portón de madera. Recordé con una leve sonrisa la razón del nombre de la finca. Y es que cuando los primeros rayos del alba inciden en cuantas piedras forman la morada, esta toma el color del oro, situación digna de contemplar debía ser, sin duda. Así me lo aseguró innumerables veces Juan. Tomé una de las dos aldabas con mi mano derecha y llamé con brío, apretando con fuerza, mientras, la carta de recomendación, con la mano izquierda.

La puerta se abrió, poco a poco. Pesada, sin ganas. Tras ella una hermosa joven doncella. De cabello trigueño y ojos grandes, pero tristes, melancólicos. Su semblante, apático, serio, inamovible.

-Usted debe ser...-en tono bajo, dubitativa.

-Gabriel, Gabriel Castro. Venía recomendado por D. Juan Hernández. Me es sabido que hace unas semanas intercambié algunas misivas con su señor informándole de mi llegada.

-Espere aquí unos instantes, se lo ruego.

Dicho esto, la joven marchó en busca de respuesta. Al hacerlo, pude observar el interior de la casa. Espléndida. Elegante, y decorada con un gusto exquisito. Todo esto, tan solo observándola desde fuera. Apenas pasaron escasos minutos cuando la doncella regresó.

-Pase, por favor. El Señor le estaba esperando.

Aludiendo a sus palabras la seguí hasta el que debía ser el despacho. No sin antes cruzar por el hermoso salón, que ya había admirado desde fuera, pero que, sin duda desde el interior ganaba mil veces más.

-Puedes retirarte, Julia.-dijo una voz solemne, grave.

Debía ser D. Javier Mendoza. El señor de la casa. Y para no pecar de soberbia, conocido de Juan. Tras oír el sonido que produjeron las puertas corredizas al cerrarse, me quedé a solas con él. Me hizo una señal y le entregué la carta. Observé como se disponía a leerla, mientras se colocaba unas finas gafas de lectura. De su boca salían palabras indescifrables, todas ellas demostrando su aprobación y contento.

-Perfecto. Puede ponerse a trabajar ya mismo. Su habitación se encuentra en el ala norte de la casa. Es la tercera de la derecha. Si le cuesta orientarse, probablemente encuentre alguna doncella a la que preguntarle. Cuento con que realice un buen trabajo, señor...-bajó la mirada hacia la carta.- Señor Castro.

-Téngalo por seguro.- salí del despacho atendiendo a su gesto.

No me fue difícil encontrar el cuarto, siguiendo las indicaciones del señor. Tuve la suerte de no tener compañera, tampoco me irritaba en demasía, pero lo que tenía por seguro era que la soledad, mi fiel compañera, era la única que no me traicionaría.

Tras deshacer los pocos bártulos que traía, comencé a trabajar. En efecto, los próximos meses, quién sabe si incluso años, me dedicaría a ser mayordomo en Villa Dorada. La jornada nocturna, transcurrió tranquila. Conocí a la esposa del señor, Dña. Alicia Mendoza y a sus hijas, Diana y Valeria.

También intercambié algunas palabras con los criados y doncellas que desde entonces, se convertirían en mis compañeros. Pero a Julia, no volví a verla.

Regresé a mi alcoba, ya para irme al catre. El viaje había sido cansado y necesitaba reposar. Encaminando mis pasos hacia la antigua pero, aparentemente confortable cama, tropecé con una baldosa hueca y al apoyarme en la pared para no caer, esta cedió, haciendo que un oscuro pasadizo se abriera tras ella. Observé asustado. Sin aún ser consciente de lo que acababa de acontecer en apenas 10 escasos segundos. Sintíendome víctima de alguna desagradable broma o tal vez, protagonista de cierta novela de misterio. Desconcertado, me limité a observar. Se trataba de un pasadizo subterráneo. Quién sabe lo que el final de aquel oscuro camino escondería. No pude menos si no saciar mi curiosidad, aún sabiendo que aquello podía traerme consecuencias. Hice buen uso de una de las antorchas que se encontraban a la entrada y comencé a explorar.

Estaba claro que aquello estaba desierto desde hacía décadas, quizá siglos. Tras recorrer el largo pasillo llegué a una sala. Parecía una antigua biblioteca. O lo que el polvo, la humedad y el paso de los años habían hecho de ella. A pesar de eso seguía conservando multitud de libros ordenados en sus respectivas estanterías. Pero uno de ellos, rebelde, desigual, reposaba sobre una gran mesa rectangular, en el centro de la sala. Dirigiéndome hacia allí, tomé el libro. Pasando mi mano derecha por sus pastas, limpiándolo de polvo. Una vez lo hube hecho, lo revisé varias veces pero nada. Sin título. Algo extraño, sin duda. Solo había una forma de descubrir su contenido y no era otra que abriéndolo.

Así lo hice. En ese mismo instante algo cambió. No sabría decir con exactitud el qué. Inexplicable. El ambiente, el lugar, todo se tornó distinto. Primera página, comencé a leer.

Ya lo has hecho. No hay vuelta atrás. Lo has abierto y te arrepentirás. Muchos sufrirán tu atrevimiento, así que borra de tu sonrisa ese contento. Sólo si la sangre del amo, roza este escrito, a las penurias de los siervos dirás finito.

No necesité leer más. Asustado, retrocedí volviendo a la alcoba. Deseando que aquello solo se tratara de un simple juego de traviosos chiquillos.

No lo fue. Nunca fui de creer en supersticiones, maldiciones ni cosas de aquel tipo, pero mi estancia en Villa Dorada, cambió mi vida, y con ella mi forma de pensar. Los días siguientes fueron los peores que jamás pude desear. Esto fue así, porque el sufrimiento comenzó y con él todas las muertes. Aunque por Dios juro que yo hice todo lo posible por evitar las innecesarias. Julián, el criado mayor, ahorcado en uno de los árboles del jardín. Marcos, un chiquillo que había comenzado a servir hace a penas unos meses, asfixiado en su cama. Julia, mi dulce Julia, cosida a cuchilladas y encontrada en la despensa.

Y todo por aquel libro, aquel odioso libro, y su horrible maldición. Se podían haber ido ambos al demonio. Pase días de aquella forma, maldiciendo, sobre todo a mi mismo por haber pecado de curioso esa noche. Todo podría haber sido diferente. Pero de poco servía entonces lamentarse. Debía solucionarlo. Y solo podía hacerlo de una forma. Acudiendo al mismo lugar del problema, para dar con la solución. Traje el libro hasta el cuarto y lo ojeé. Pasaron horas y horas hasta que mi cabeza lo recordó.

Sólo si la sangre del amo, roza este escrito, a las penurias de los siervos dirás finito.

Busqué esa página y leí lo que seguía a continuación.

Y si a esto, no haces caso, el dolor tan solo ha comenzado. Como siervo que eres, tú puedes ser el siguiente, así que tenlo presente.

Puede ser que parezca inexplicable. De hecho sé que lo es. ¿Cómo se explica el haber matado? Lo sé, y lo asumo ya que no hay día que esas horribles imágenes me vengan a la cabeza. Pero tuve que hacerlo. Para salvar mi vida y de los 13 sirvientes que allí residíamos. Sí, lo maté. Acabé con la vida de Javier Mendoza. Para acabar con la maldición. Desde hace siglos, la familia Mendoza habían sido unas horribles personas que maltrataban a sus siervos. El sufrimiento que aquellos llevaban consigo era constante, eterno. Y de alguna manera, se encerró en aquel libro, atajándolo. Y con él, poniendo una pausa a la maldición de los Mendoza. Pausa pero no fin, aquel fue el gran error.

Moví el cuerpo hasta la antigua biblioteca, sin dejar de derramar saladas y continuas lágrimas. Allí lo dejé, inerte.

Cerré el libro de golpe, no había causado más que desgracias. Me encargué de esconderlo en un lugar seguro, un lugar donde jamás lo encontrarían. Entre las manos de uno de sus dueños, de mi víctima. Volví sobre mis pasos y cerré la puerta con llave, dejando atrás lo pasado.

Los peores 10 días de mi vida. 3 de Diciembre. Tarde lluviosa y fría. Dejabú. Se dibuja una silueta entre las sombras del atardecer. La silueta de un tal Gabriel Castro. Un hombre que jamás volvió a ser el mismo. Un hombre que ahora contempla sus manos, limpias, blancas, pero en las que él es incapaz de borrar delatadores rastros de sangre.

